

Anna Wiener

“El cuento de la meritocracia en la industria tecnológica es una patraña”

Llegó a California atraída por la promesa de felicidad de Silicon Valley y se topó con un universo ferozmente competitivo y machista. *Valle inquietante*, el libro en el que cuenta su experiencia, es un fenómeno en Estados Unidos que llega ahora a España

POR LUIS PABLO BEAUREGARD

Después de esta conversación, el extravagante empresario Elon Musk fue el anfitrión de *Saturday Night Live*, el popular programa de comedia que se ha transmitido desde hace 46 años en la televisión estadounidense. La presencia del fundador de Tesla y SpaceX en la emisión había creado muchas expectativas. El mundo del dinero y el del entretenimiento volvía a encontrarse. Al final, las expectativas no se cumplieron. “Fue un espectáculo extraño. Es raro cuando la gente de los negocios se convierte en famosa. Es muy estadounidense”, dice Anna Wiener, autora de *Valle inquietante*, recién publicado en castellano por Libros del Asteroide.

El libro es una cruda memoria escrita desde el interior de Silicon Valley, el mundo de las tecnológicas y la cultura del trabajo y el emprendimiento que San Francisco ha exportado al resto del mundo y de la que Wiener, quien era una firme creyente, se convirtió en poco más de tres años en una apóstata. “El cuento de la meritocracia —esta creencia tan popular aquí de que las ideas y el trabajo duro serán suficientes para que la gente sea elegida naturalmente por su talento— es una de las mayores patrañas salidas nunca de la industria de la tecnología”, dice Wiener en un café del barrio de Noe Valley, en San Francisco, poblado en las horas de la mañana por decenas de niñas hispanohablantes que empujan a rubios bebés en sus carritos.

Wiener (Nueva York, 33 años) es hija de un asesor financiero y una escritora y activista por el control de las armas. Es originaria de Brooklyn,

donde tenía una vida “precaria pero agradable” como ayudante en una agencia literaria de Manhattan. Poco después sintió el vacío y tuvo la sensación de que su trabajo no iba a ninguna parte. La luz que emanaba desde la costa oeste comenzó a llamarla.

“Fue embriagador hallar una industria donde no solo había un futuro, sino donde la misma industria aseguraba ser el futuro y punto”, confiesa Wiener, que había estudiado Sociología. El contraste que vivió hace ocho años tras su llegada a San Francisco no pudo ser mayor: del anquilosado mundo editorial —donde la única posibilidad de éxito, escribe Wiener, es “heredar, casarse con alguien rico o esperar a que tus colegas se rindieran o murieran”— al universo de las *start-ups*, donde jóvenes sin experiencia estaban al mando. “Llegar y que hubiera dinero para tajar y nada más que oportunidades... Sentías que era demasiado bueno para ser verdad. Era ese tipo de cosas que quieres que duren un poco más antes de que te pongas a cuestionarlas”, se ríe mientras intenta acomodarse el pelo que le cubre la cara gracias al violento aire de la ciudad.

Lo que estaba detrás de aquel impulso es lo que provocó la escritura de *Valle inquietante*. La joven de 25 años llegaba en 2013 a una ciudad donde la gente de su edad comenzaba a hacerse millonaria. Encontró su primer trabajo en California en una aplicación de lectura electrónica que permitía el acceso a una gigantesca biblioteca por una tarifa plana. El libro le facilitó el aterrizaje en el valle, pero fue una decepción saber que ni ella ni los libros eran valorados por los socios de la pequeña compañía, quienes buscaban multiplicar a toda costa una inversión de tres millones de dólares.

La experiencia relatada por Wiener guarda incluso algunos secretos para el poderoso Google. Por una decisión de estilo evitó nombrar a las tecnológicas y empresas que hoy llenan informativos y periódicos. Tampoco están los nombres de sus consejeros delegados y apenas identifica a un par de sus excompañeros de trabajo. Entre ellos Ian, un experto en robótica que hoy sigue siendo su novio.

En el libro casi no quedan dudas de quién se habla cuando el lector se topa con “la super tienda *online*”, la “red social que todo el mundo decía odiar” y “la plataforma para compartir vivienda”, entre otras. La ausencia de estos detalles hace uniforme la experiencia. Amazon no es el mismo gigante hoy que entonces. “Quería que fuera genérico de un tiempo y un espacio. Son muy identificables, pero quería darle un toque un poco surrealista. También es gracioso describir lo que estas empresas hacen cuando piensas en todo el dinero y el poder que han amasado”, explica. La forma ayuda a trasladar al lector a una época anterior a que todas estas empresas fueran omnipotentes.

Wiener camina por las calles de San Francisco con un bolso de *n+1*, la revista literaria neoyorquina que publicó a inicios de 2016 un ensayo sobre su vida laboral. “Estaba muy desilusionada con algunos aspectos de la cultura del emprendimiento y la cultura que estaba viendo en las oficinas y todo el sistema de valores. Esta idea muy vergonzante, muy explotadora, del *trabajo divertido* y de que la vida personal sea también parte de la vida laboral del empleado”, cuenta. El proceso de escritura le gustó. Prometió buscarse un espacio nuevo después de su aventura en la industria tecnológica, pero el triunfo de Donald Trump a finales de aquel año la llenó de un sentimiento de urgencia, de que algo llegaba a su fin.

El segundo empleo de Wiener en el valle fue como encargada de servicios al cliente en una empresa de análisis de datos. Al CEO, un talen-

toso joven de origen indio, le gustaba recordar a sus empleados una y otra vez que debían estar “entregados a la causa”. La frase les llegaba a los trabajadores en los correos electrónicos, en los chats y, por si fuera poco, estaba escrita en la sala de juntas. Toda la comunicación escrita, además de largos correos personales que ella se enviaba, le sirvió para volver a la cabeza de su yo más joven. “Fue muy embarazoso ver con cuántas ganas intentaba reclutar a amigos que eran felices en Nueva York para que vinieran conmigo a trabajar a esa empresa. Incluso hice venir a algunos para que los entrevistaran. Era una campeona. Fue doloroso darme cuenta de eso, pero también es cierto que fui muy feliz”, cuenta.

Valle inquietante se publicó en Estados Unidos en enero de 2020. Obtuvo muy buenas críticas y mucha atención antes de que la pandemia se convirtiera en el único tema de conversación. Lo que más sorprendió a Wiener, quien hoy escribe de tecnología para *The New Yorker*, es la conexión que logró. Hubo mucha gente que se puso en contacto con ella para agradecerle que pusiera palabras a su experiencia. No era la única que se había sentido incómoda y enajenada en el sector.

Además de la explotación, el libro también ilustra una cultura laboral misógina y machista. Algo que persistía en los dos lugares que había trabajado y que también halló en el tercero, una empresa que se especializaba en el diseño de códigos fuente para programas de ordenador y que hoy es conocida como GitHub Inc. “Aunque me consideraba feminista, mi trabajo me obligaba a mostrar una deferencia incesante y profesionalizada al ego masculino”, escribe Wiener.

El trato le fue erosionando la confianza en sí misma y en algunas partes del texto lucha por sacudirse el sentimiento del síndrome del impostor. Mientras las mujeres estaban recluidas en el área de atención al cliente o en recursos humanos, los hombres escribían códigos y se encargaban de la rentabilidad y la expansión de la compañía al tiempo que daban la vuelta por la oficina en patinetes eléctricos soltando comentarios reprobables.

Poco ha cambiado desde entonces. Las mujeres representan el 47% de la fuerza laboral en Estados Unidos, pero solo son el 34% en las cinco grandes empresas tecnológicas. Los esfuerzos por la igualdad son insuficientes. “Los programas [de paridad] se topan con un muro porque muchas de las compañías dicen estar interesadas en la paridad pero no están nada interesadas en ceder el poder. Esto se trata de un cambio de poder y de hacer las cosas diferentes, pero no hay incentivos para hacerlo porque todo esto desafia la lógica económica de la industria”, dice después de ser testigo de primera mano de cómo diversas *start-ups* dejaron pasar la posibilidad de corregir sus vicios.

Capitalismo y contracultura

Para la entrevista, Anna Wiener prefirió un café del centro de San Francisco a su casa porque no había terminado su proceso de vacunación.



“Eso del trabajo divertido y de confundir vida personal y laboral es algo vergonzante”

“Me consideraba feminista, pero estaba obligada a mostrar una deferencia incesante al ego masculino”

“La contracultura de los 70 era antigubernamental, pero no anticapitalista. Eso perdura en Silicon Valley”

EN PORTADA



Anna Wiener,
en el parque
de Billy Goat
Hill, en San
Francisco, hace
dos semanas.
WINN WINTERMEYER

kioskoymas#r.lozano@u

Desde lo alto del parque de Glen Canyon mostraba la panorámica de la bahía. Era un día claro y sin bruma y podía verse Oakland al otro lado del agua. Más allá estaba el monte Diablo. A los pies del parque, la ciudad que fue la cuna de la contracultura en los setenta. ¿Queda algo de ese movimiento en el ADN de esta ciudad?

“Creo que la gente tiende a pasar por alto que la contracultura era muy *antiestablishment*, antigobierno y antiejército, pero no era anticapital. Todavía puedes ver mucha de esta irreverencia en Silicon Valley, mucho de aquella narrativa original de que la gente pensaba diferente, se vestían de forma distinta y las oficinas y estructuras de organización estaban diseñadas de otra forma”, afirma Wiener mencionando el trabajo de Fred Turner, el profesor de Stanford que ha estudiado ambos fenómenos locales.

En algún momento, cree Wiener, el valle se convirtió en un sitio antiintelectual que ha premiado la velocidad y la capacidad de monetización sobre la contemplación y la investigación. La cultura de la intelectualidad es superficial. “Está manejada por la filosofía gerencial y del interés del capital. Es muy interesante que los grandes pensadores de Silicon Valley son capitalistas de riesgo. Eso es para mí muy extraño, pero muy estadounidense. Es así como consigues que alguien como Mark Anderson se convierta en *pensador*. ¿Y quién es Anderson? Un emprendedor que tuvo un trabajo muy importante con buscadores. Hizo mucho dinero de joven y se pasó al *venture capital*. ¿Por qué habría que escucharle filosofar de algo que no sean esos fondos? No sé. Pero lo mismo pasa conmigo, ¿por qué alguien iba a escucharme a mí filosofar sobre nada? No lo sé”, dice riéndose y acomodándose el cuello alto del jersey.

El barrio cercano al parque está lleno de comercios alternativos, restaurantes de comida internacional y elegantes cafés de barrio. Las casas de la zona se venden, de media, por 1,7 millones de dólares (1,3 millones de euros). Algunas superan los tres millones. Esa es otra parte de la transformación que ha provocado el sector tecnológico en la ciudad. La calle que baja llega al animado barrio de Mission. El español comienza a oírse más. Los comercios ofrecen tamales y tacos. Hay bullicio y los sin techo aparecen de nuevo. Un coche eléctrico con cámaras tridimensionales que capturan todo lo que lo rodea pasa por la calle para recordar que estamos en San Francisco.

EN PORTADA



Vista aérea de la sede de Apple diseñada por Norman Foster en Cupertino (Estados Unidos), SAM HALL (BLOOMBERG)

POR BORJA BERGARECHE

San Francisco era una ciudad de perdedores a la que le estaba costando absorber el flujo entrante de aspirantes a triunfadores". Anna Wiener (Nueva York, 33 años) trabajaba en la industria editorial neoyorquina y se adhería fielmente a los principios fundamentales del *cultuaretismo* de la Gran Manzana: salarios estancados, sueños no cumplidos y una intensa vida social conducente más al diván de Freud que a la gloria literaria. Así era ella, y así eran los habitantes de su mundo, hasta que, en 2013, decidió sumarse a esa caravana de presuntos triunfadores y se instaló en el San Francisco de la pasada década, al calor de una oferta laboral de una *start-up* de libros.

El salto salarial de Wiener, que con 25 años pasó de cobrar 30.000 dólares anuales (24.500 euros) en la editorial a triplicar su sueldo en Silicon Valley, exigía como contrapartida una homérica travesía desde el mundo laboral e industrial del siglo XX a la exuberante y a menudo irracional cultura del ecosistema tecnológico californiano. La autora de *Valle inquietante*, publicada en español por Libros del Asteroide con traducción de Javier Calvo, nos narra esta odisea profesional y personal en un maravilloso relato en el que se alternan la voz dolorida de Joan Didion y ecos escatológicos del Ignatius J. Reilly de *La conjura de los necios*.

Con honestidad desnucada sobre ella misma, una aguda percepción sobre la condición humana y un humor cáustico entre generación X y milennial, Wiener —en la actualidad, periodista de tecnología en *The New Yorker*— captura el preciso momento en el que la edad de la inocencia de la tecnoutopía californiana llegó a su fin. En 2013, las filtraciones de Edward Snowden sacaron a la luz un complejo público-privado de espionaje a una escala global sin precedentes. Y crecía la preocupación por la pérdida de privacidad e identidad que podía acarrear el abrazo ciego de las redes sociales: "No tardé mucho en entender la obsesión por el *big data*. Los conjuntos de datos resultaban hipnóticos: eran torrentes digitales de conducta humana, respuestas a unas preguntas que yo no era consciente de tener".

Wiener, que trabajó también en GitHub y en una emergente compañía

Adiós a la inocencia en el valle del silicio

Anna Wiener se suma a la larga lista de autores que han retratado el micromundo poblado por gigantes como Amazon, Google o Facebook

de datos y analítica, retrata crudamente lo que califica de "trivirato oscuro de la tecnología: capital, poder y una masculinidad heterosexual insulsa y reprimida". Como mujer letrada en un mundo de ingenieros altamente masculinizado, arrastra su permanente mala conciencia por el abandono del mundo de ayer con una constante infravaloración de los méritos propios. "Me permití pensar que quizás yo fuera más importante por razones estéticas que por resultar crucial por el negocio". Y describe con ironía los usos y costumbres laborales de una cultura emprendedora tan adanista como grandilocuente. "Yo no sabía que, en el mundo de la tecnología, las cualificaciones tradicionales, como los títulos universitarios o la experiencia, eran irrelevantes cuando las desbancaba una jovial determinación".

En su fascinación casi zoológica por los moradores de su nuevo mundo, describe a los socios de su primer empleador tecnológico como seres "bien afeitados con una piel perfecta", que "llevaban las camisas siempre bien planchadas y recatadamente abotonadas hasta la clavícula, y mantenían relaciones sentimentales estables con mujeres hiperproductivas, mujeres de pelo espléndido con quienes hacían ejercicio y compartían comidas en restaurantes que requerían reserva". Es igual de inmisericorde con las tribus *tech* más afines, en teoría, a sus colegas, como un diseñador al que descarta como amigo porque "parecía la típica persona que tiene opiniones sobre tópicos tipográficos". En medio de aquella "ideología cultural", Wiener denuncia que "el buen diseño de interfaces era como la magia o la religión: provocaba una suspensión de la incredulidad colectiva". Una incredulidad que, casi una década después del paso profesional de Wiener por Silicon Valley, se ha tornado en clima de sospecha ciudadana ante la falta de regulación de aspectos clave de la economía digital y escándalos más recientes.

El llamado Valle del Silicio surgió en los años cincuenta en torno a la Universidad de Stanford, y se convirtió en la incubadora empresarial más poderosa del planeta a partir de los setenta con la inyección del capital riesgo, concentrado en Sand Hill Road, y la colonización del valle por los ingenieros de los fabricantes de microprocesadores y los primeros gigantes tecnológicos (IBM, Intel, Apple...). Una

LECTURAS

Valle inquietante

Anna Wiener
Traducción de Javier Calvo
Libros del Asteroide, 2021
313 páginas
22 euros

Cada día es el primer día

Alex Kantrowitz
Traducción de Alfonso Bargañó Viana
Conecta, 2021
240 páginas
20 euros

Sin filtro: la historia secreta de Instagram

Sarah Frier
Traducción de María del Mar Rodríguez Barrera y Ana Isabel Domínguez Palomo
Conecta, 2020
384 páginas
20 euros

Chaos Monkeys. Obscene Fortune and Random Failure in Silicon Valley

Antonio García Martínez
Harper Collins, 2016
528 páginas
30 euros

La primitiva fascinación por Silicon Valley se ha convertido en sospecha por su falta de regulación

cultura fascinante que, como Wiener, han intentado retratar otros autores.

En *Chaos Monkeys* (HarperCollins, 2016), el emprendedor y polemista estadounidense Antonio García Martínez —protagonista reciente de una sonada salida de Apple apenas unos meses después de su incorporación— retrata, con más mal humor que ironía, sus interacciones entre 2010 y 2014 con los popes tecnológicos a su paso por Facebook y Twitter.

En términos mucho más benignos, el periodista de *BuzzFeed News* Alex Kantrowitz describe en *Cada día es el primer día* (Conecta, 2021) —en referencia al lema de Jeff Bezos, fundador de Amazon— los elementos que conforman la cultura de la invención que caracteriza a los actuales responsables de Google, Amazon, Apple, Facebook y Microsoft. "En lugar de respuestas, tienen preguntas. En lugar de dar discursos, escuchan y aprenden". Así, en Amazon, "Bezos ha convertido la invención en una costumbre". El Google de Sundar Pichai es, en opinión de Kantrowitz, un meticuloso y equilibrado analista de la cultura *tech*, "una de las compañías más colaborativas del mundo, en la que sus empleados están conectados por una conciencia colectiva".

En contraste con esa cultura de ingenieros y toma de decisiones basadas en datos y sin mucha deliberación —el "muévete rápido y rompe cosas" de Mark Zuckerberg, fundador de Facebook—, la periodista de Bloomberg Sarah Frier recopilaba en *Sin filtro: la historia secreta de Instagram* (Conecta, 2020) el origen y posterior extinción de una cultura diferente. Elegido como libro de negocios del año 2020 por el *Financial Times* y la consultora McKinsey, es una crónica detallada y muy bien documentada en la que Frier retrata la creación de Instagram en 2010 y su posterior venta multimillonaria a Facebook en 2012 con el foco puesto en sus fundadores, Kevin Systrom y Mike Krieger. "En la industria tecnológica, los líderes raras veces han tenido experiencia en las industrias que someten a su disrupción. Jeff Bezos nunca había trabajado en libros, y Elon Musk nunca había trabajado en fabricación de coches. Pero los filtros de Instagram, claramente, habían sido creados por un fotógrafo". Así, el libro cuenta cómo Systrom, aún estudiante, realizó un curso de fotografía en Florencia en el que el profesor —del que solo nos cuenta la autora, una pena, que se llamaba Charlie— le requirió la cámara último modelo que llevaba y se la cambió por una Holga pequeña y de plástico. Solo sacaba fotos cuadradas, en blanco y negro, y más bien borrosas. La fidelidad estética a aquello, mezclada con la nueva cultura *celebrity* del clan Kardashian, conquistó para Systrom y Krieger un lugar especial, dice Frier, en el olimpo de los demiurgos de un mundo irresistiblemente adicto a la tecnología.

Borja Bergareche es director de Comunicación Digital e Innovación en Kreat.